

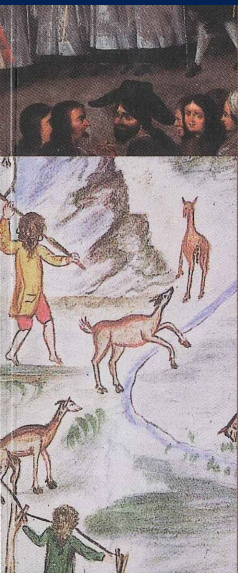


# El hombre y los Andes

---

## Homenaje a Franklin Pease G.Y.

### Capítulo 64



Javier Flores Espinoza  
Rafael Varón Gabai (editores)



Tomo II



Este libro corresponde al tomo 161 de la colección Travaux de l'Institut Français d'Études Andines (ISSN 0768-424X)

© Por el Fondo Editorial de la  
Pontificia Universidad Católica del Perú  
Plaza Francia 1164, Lima-Perú  
Teléfonos: 330-74 10, 330-74 11  
Telefax: 330-7405  
Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

*Derechos reservados*

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-512-6 (rústica)  
No. de Depósito Legal: 1501052002-5220 (rústica)  
ISBN: 9972-42-513-4 (tela)  
No. de Depósito Legal: 1501052002-5221 (tela)

Impreso en el Perú - Printed in Peru  
Primera edición, diciembre de 2002

*Fotografía de solapa*

Franklin Pease García Yrigoyen en el decanato de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en noviembre de 1998. Archivo Franklin y Mariana Pease.

*Fotografías de carátula*

Peruviae Auriferae Regionis Typus (1574), Diego Méndez. Biblioteca Nacional del Perú  
Don Felipe Túpac Amaru I (siglo XIX), Anónimo. Museo Nacional de Arqueología,  
Antropología e Historia del Perú

El Inicio de la Procesión (siglo XVII), Anónimo

La Procesión del Corpus Christi en el Cuzco. Arzobispado del Cuzco (Fotografía: Daniel Giannoni)

Chaco de vicuñas (detalle). *Trujillo del Perú (siglo XVIII)*, Baltasar Jaime Martínez Compañón (Fotografía: Daniel Giannoni)

Descensión de la virgen al lugar sagrado del Sunturhuasi, Anónimo. Iglesia del Triunfo, Catedral del Cuzco (Fotografía: Colección Privada)

FLORES ESPINOZA, Javier F., ed.  
El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G.Y./  
Javier Flores Espinoza y Rafael Varón Gabai, eds.--  
Lima: PUCP, 2002.

/PEASE GARCÍA YRIGOYEN, FRANKLIN/BIOGRAFÍAS/BIBLIOGRAFÍAS/  
POBLACIÓN INDÍGENA/INDÍGENAS/ CONQUISTA/COLONIA/  
ETNOHISTORIA/HISTORIOGRAFÍA/ICONOGRAFÍA/ETNOGRAFÍA/  
ARQUEOLOGÍA/ANTROPOLOGÍA/HISTORIA/PERÚ/COSTA/SIERRA/  
HISTORIA DEL ARTE/HISTORIA ECONÓMICA/HISTORIA DEMOGRÁFICA/  
LINGÜÍSTICA/CRÓNICAS/

José A. de la Puente Candamo  
*Pontificia Universidad Católica del Perú*

## Precisiones sobre el carácter americano de la independencia

---

EN LAS ÚLTIMAS décadas ha ganado fortaleza la visión americana de la independencia, frente a la hipótesis que veía la emancipación de cada país como una materia singular que recibía influencias de uno u otro ambiente. Hoy en día se reconoce que el fenómeno del separatismo americano es uno, expresado en una pluralidad de manifestaciones. Pienso que es útil desarrollar un análisis de este proceso.

### La idea de América

El concepto de América —Hispanoamérica, América Española, Latinoamérica, Indoamérica— aparece progresivamente —lentamente— en el desarrollo de la colonización española, como fruto espontáneo de la vida en común entre el hombre aborigen, el español y el negro, y sus respectivas culturas. Este es el meollo de la formación de América. Entre abusos, injusticias, aciertos, virtudes; bajo la autoridad española y bajo su dominio en lo jurídico, político, militar, económico, día a día, en el proceso de la vida cotidiana, aparece una nueva manera de vivir; este es el origen de las que más tarde serán las nacionalidades hispanoamericanas. Tienen en común el proceso de integración que expresamos en el término *mestizaje*, y las distingue tanto la realidad prehispánica de una u otra región como sus peculiaridades geográficas.

Las distintas sociedades aborígenes americanas vivían aisladas entre sí, o con contactos que no llegaron a crear un mundo común. El signo de ese tiempo es la pluralidad, que encerraba algunas unidades importantes, como el Tahuantinsuyo, mas no se puede hablar de unidad, ni en su realidad política y social, ni en la vivencia de un concepto común. Sin embargo, desde otro ángulo, la noción nuestra de América, de lo americano, no puede entenderse sin la presencia y el aporte de lo aborigen.

## El aporte andino

El hombre de las horas de la independencia tiene un concepto, más o menos claro, del mundo anterior a la llegada de Pizarro en el siglo XVI, pero la vivencia habitual no apreciaba, tal vez, con la necesaria claridad lo que le debían al hombre prehispánico, factor esencial de lo peruano. En nuestra época es distinta y más rica y nutrida la visión y la vivencia de lo andino. Sabemos que es mucho lo que debemos al mundo preincaico y al tiempo incaico en la “construcción” del Perú.

Pensemos en algunos ejemplos relevantes. Una primera idea puede orientarse a la tarea, a la epopeya —en palabras de Víctor Andrés Belaunde— del dominio del territorio. Las generaciones que hoy conviven en nuestro país han ingresado a la historia en un mundo hecho, dominado por el hombre. Otro es el caso de nuestros abuelos remotos, quienes iniciaron el esfuerzo por dominar el territorio que hoy es del Perú.

A esos siglos “distantes” de la patria peruana les debemos el fundamento del dominio del territorio y las bases, igualmente, de la vida humana. A ese hombre, miles de años anterior a nosotros, le debemos la iniciación de las tareas fundamentales de la vida.

Es el principio del dominio del territorio, es el testimonio de los primitivos instrumentos de piedra; es el inicio de la pesca, de la caza, de la agricultura; es el principio del tejido, del trabajo con metales, de la búsqueda de un cobijo para el descanso, de múltiples construcciones que muestran dominio del volumen y de la proporción.

## El dominio español

Establecida la organización virreinal en los diversos territorios americanos, se desarrolla el proceso, antes mencionado, en la vida simple de todos los días, en la cual aparece progresivamente una manera nueva de vivir. Desde otro ángulo, es necesario adquirir una conciencia lúcida que entienda cómo la denominada América Española —y esta es su virtud original— no existe, no se puede entender, sin el consorcio de lo andino y de lo español.

Es muy ilustrativo el desarrollo que presenta Arturo Uslar Pietri:

“Lo que vino a realizarse en América no fue ni la permanencia del mundo indígena, ni la prolongación de Europa. Lo que ocurrió fue otra cosa y por eso fue Nuevo Mundo desde el comienzo. El mestizaje comenzó de inmediato por la lengua, por la cocina, por las costumbres. Entraron las nuevas palabras, los nuevos alimentos, los nuevos usos. Podría ser ejemplo de esa viva confluencia creadora, aquella casa del Capitán Garcilaso de la Vega en el Cuzco recién conquistado. En una ala de la edificación estaba el capitán con sus compañeros, con sus frailes y sus escribanos, metido en el viejo y agrietado pellejo de lo hispánico, y en la otras, opuesta, estaba la Ñusta Isabel, con sus parientes incaicos, comentando en quechua el perdido esplendor de los viejos tiempos. El niño que iba a ser el Inca Garcilaso iba y venía de una a otra ala como la devanadera que tejía la tela del nuevo destino”.

“Los Comentarios Reales son el conmovedor esfuerzo de toma de conciencia del hombre nuevo en la nueva situación de América. Pugnan por acomodarse en su



espíritu las contrarias lealtades impuestas desde afuera. Quiere ser un cristiano viejo de Castilla, pero también, al mismo tiempo, no quiere dejar morir el esplendor del pasado incaico. Un libro semejante no lo podía escribir ni un castellano puro, ni un indio puro. La Araucana es una visión castellana del indio como algunos textos mexicanos que ha recogido Garibay, son una visión únicamente indígena de la presencia del Conquistador. En el Inca Garcilaso, por el contrario, lo que hay es la confluencia y el encuentro” (Uslar Pietri 1969: 17).

En este campo es indispensable pensar en la conciencia histórica, en el conocimiento reflexivo, en la vivencia de los hechos históricos. Entre nosotros es urgente necesidad nacional fortalecer la noción de síntesis, de integración, que se reconoce en lo nuestro. Lo peruano no es lo español solamente, ni lo andino de modo singular; lo nuestro se encuentra en la asociación de ambos factores o aportes.

Se puede entender que un peruano, según la región de su propio nacimiento, advierta mayor simpatía o afecto hacia lo andino o hacia lo español; sin embargo, no obstante las variantes afectivas, no debe perturbarse la noción y vivencia de lo nuestro dentro del proceso de integración de lo español y de lo andino.

Evidentemente el hombre de las horas de la independencia no tuvo de lo andino el conocimiento minucioso y prolongado que hoy vivimos por los adelantos de la arqueología y de la etnohistoria. Sin embargo, estuvo presente en las horas de la emancipación la noción de lo peruano como una realidad que no era sólo andina, ni únicamente occidental. Una muestra de este razonamiento se puede verificar en los textos de Hipólito Unanue, o en general en los del *Mercurio Peruano*, entre otros.

El fenómeno de transformación de lo cotidiano, creador de nuestra nacionalidad, se produce —en una suerte de común denominador— en los diversos reinos americanos, sobre los cuales se desarrolla, con la peculiar geografía y la particular presencia aborigen en cada región, un proceso específico que otorga propia identidad —propia personalidad— a la futura comunidad nacional. Este es el origen de la América nuestra, rica asociación de lo común con lo singular.

Para limitarnos a testimonios peruanos, podemos reconocer entre nosotros —especialmente desde las postrimerías del siglo XVIII— textos que hablan de una realidad mayor a la cual pertenece el Perú, que es América. En todo caso, aparece clara la verdad de lo americano, la verdad de América.

## El tiempo de la independencia

En esta materia no puede olvidarse la presencia de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, quien en su famosa “Carta a los españoles americanos”, de 1799, dice que “el Nuevo mundo es nuestra Patria y su historia es la nuestra”, una de las afirmaciones tal vez más fecundas del tiempo precursor. Además, nuestro precursor presenta una viva convicción de la realidad de América; se apoya —entre otros fundamentos— en la geografía, en los intereses.

Un peruano de fines del siglo XVIII y de principios del siglo XIX tenía noticia y conciencia de América; se sabía parte integrante de América; en este sentido, los testimonios son múltiples.

De otro lado, eran ciertos el afán o la angustia —según los casos— por las informaciones que llegaban de uno u otro reino americano, especialmente de Buenos Aires, y que muestran la calidad americana del proceso de la emancipación. La campaña del Alto Perú es otro ejemplo de la misma cuestión.

Agobiaría al lector con la presentación de pruebas que demuestren la verdad de la noción y de la vivencia de lo americano en las horas finales del virreinato y durante la emancipación. Sin embargo, es necesario precisar cómo la relación entre un reino americano y otro no era lo intensa y continua que se podría imaginar; las distancias y las características de las comunicaciones de esa época presentaban considerables problemas en ese sentido.

El tema central, realmente impresionante y que siempre será ocasión de reflexiones, es el hecho de la sincronía de nuestra revolución. ¿Cómo se explica que en quince años, desde California hasta Santiago de Chile y Buenos Aires, se ganara la ruptura con la corona, sin una conducción unitaria y con la dificultades de las comunicaciones de esa época? La respuesta es simple: América es una unidad histórica, social, intelectual. Es interesante el ejercicio de comparar textos de periódicos de fines del siglo XVIII o de principios del XIX, de uno u otro reino, y reconocer cómo son análogos los razonamientos, las ideas centrales, las demandas, las ilusiones; son diferentes los nombres de personas y de lugares.

En el periodismo del tiempo gaditano está presente América y lo americano, como realidad geográfica, social, histórica. Sin embargo, importa una precisión. No se trata de una unidad simple; es una realidad compleja, rica, con peculiaridades. Tal vez, la expresión que presenta lo hispanoamericano como “un conjunto de particularidades sobre un fondo cultural común”, dice cómo es cierta la pluralidad sobre la unidad.

Dice uno de esos periódicos, el *Satélite*:

“Por Patria entendemos la vasta extensión de ambas Américas; comencemos a dejar de ser egoístas y a renunciar para siempre a esas ridículas rivalidades de provincias con provincias, originadas de la ignorancia y preocupación, fuente fecunda de males infinitos. Todos cuantos habitamos el Nuevo Mundo somos hermanos, todos de una sola familia, todos tenemos unos mismos intereses: amémonos todos con una estimación infinita, racional y benéfica, unámonos con lazos indisolubles y entonces seremos invencibles, fuertes, felices, industriosos y dignos de componer una nación...” (Vicuña Mackenna 1924: 119).

Esta unidad explica cómo uno u otro reino necesitaba para su seguridad la emancipación del vecino o del cercano. Buenos Aires —como ejemplo— piensa en la independencia del Perú, igual que Santiago. Es el mismo caso de Bolívar, quien llega al Perú desde el norte. Es, igualmente, la explicación de cómo el primer canciller del Perú es un colombiano —Juan García del Río— y el primer ministro de Guerra y Marina, un nacido en Tucumán, Bernardo Monteagudo.

Sin embargo, esta unidad cierta encerraba tensiones y conflictos, pues si bien era verdad la noción y la vivencia de lo americano, estaban también presentes las ideas y los sentimientos nacionales, que se asociaban frente a la necesidad de la guerra, pero conservaban su personalidad.



Como ejemplo de lo anterior podemos pensar en el conflicto entre Riva-Agüero y Bolívar, en el Perú de 1823. ¿Cuál era la esencia del problema? Bolívar necesitaba dominar la anarquía y afirmar su autoridad para ganar la guerra, y exigía la obediencia de Riva-Agüero. De otro lado, éste advertía con temor la fuerza personal, militar y política de Bolívar; pensaba en el riesgo de una posible hegemonía colombiana, e iniciaba el peligroso y utópico camino de las negociaciones secretas con los españoles, para ganar la independencia por consenso y no por guerra, objetivo que no pudo realizar San Martín en Punchauca. No obstante, Riva-Agüero no fue un traidor a la independencia, y siempre —en sus negociaciones con los realistas— mantuvo intacta su fidelidad a la emancipación como nota central.

En el alma del conflicto descrito estaba presente la lucha íntima entre lo americano y lo nacional. Otras facetas de esta materia se pueden proponer. Ejemplo claro es el caso de Bolívar durante su presencia en el Perú. Se encontró en un medio muy distinto del de Caracas; sin duda advirtió la densidad de la historia peruana, sobre todo cuando viajó por el mundo surandino; el carácter nuestro, más bien reservado y discreto, no facilitaba la comunicación. En fin, es un hecho cierto y reiterado cómo la unidad necesaria para la guerra no suprimió la propia personalidad de cada reino. A Bolívar no le fue fácil comprendernos; del mismo modo, para los peruanos de esas horas representó —en muchos casos— un esfuerzo entenderlo. Además debe añadirse otra idea. La inteligencia superior de Bolívar, su fuerte y recia personalidad, su capacidad extraordinaria de conducción, provocaron recelos, temores. Fue una contradicción dramática: se entendía que Bolívar era necesario para ganar la guerra, y se advertía —al mismo tiempo— el riesgo más o menos cercano de una posible hegemonía dañina para el Perú. Todo lo anterior nos indica la complejidad de la comunidad americana de los días de la emancipación.

Los proyectos de asociación o de unidad que postuló Bolívar merecen un breve análisis. La idea misma de la coordinación, de uno u otro modo —más aun vista desde nuestro tiempo—, es un testimonio de la inteligencia, del genio de Bolívar; sobre lo cual no hay duda posible. No obstante, la propia personalidad de cada país, y el temor a la posible hegemonía colombiana, frustraron proyectos que hoy se advierten necesarios y que se observan con respeto.

Un texto famoso de Olmedo es muy expresivo:

“Será perpetua, o Pueblos, esta gloria,  
Y vuestra libertad incontrastable,  
Contra el poder y liga detestable  
De todos los tiranos conjurados,  
Si en lazo federal de polo a polo  
En la guerra y en la paz vivís unidos.  
Vuestra fuerza es la unión. Unión o Pueblos,  
Para ser libres y jamás vencidos.  
Vuestra fuerza es la unión. Unión, o Pueblos,  
Esta unión, este lazo poderoso  
La gran cadena de los Andes sea”.  
(Miró Quesada Sosa, ed., 1971: 466).

La convocatoria, desde Lima, al Congreso de Panamá —7 de diciembre de 1824— manifestó la necesidad de “una base fundamental” que asegurara la vida de los nuevos estados:

“Después de quince años de sacrificio consagrados a la libertad de América, por obtener un sistema de garantías que en paz y en guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino; es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos” (Porras Barrenechea, comp., 1930: 3).

Luego de la conclusión de la guerra de la independencia, los estados nacionales recién creados se replegaron, se encerraron en ellos mismos, lucharon por afirmar sus fronteras, germinaron o maduraron recelos y rivalidades, y la unión de los días de la lucha en común permaneció como una memoria gloriosa o como una forma de nostalgia. Asimismo fracasó el proyecto menor de la Confederación Perú-Boliviana, muestra bilateral de unidad, que se quebró por los temores nacionales.

Los empeños de los congresos de Lima, que bien ha estudiado Alberto Ulloa, manifestaron los esfuerzos del Perú por una verdadera asociación americana que enfrentara amenazas a la independencia de nuestros países.

No es alentadora la historia de nuestros pueblos en el siglo XIX, si se estudia desde la óptica de la unidad, del entendimiento. No obstante que nuestros países integran una comunidad unida por la cultura desde todos sus ángulos, y unida por necesidades comunes, sólo en horas dramáticas ante un riesgo común han actuado asociadas; pero luego del peligro renacen las emulaciones y las competencias.

En suma, los momentos de unidad han sido efímeros; la certeza de un origen común, y la vivencia de una cultura semejante, no han ganado la conciencia de nuestros pueblos que durante el siglo XIX han mostrado más discordia que unidad.

Conviven el “fondo cultural común” con una y otra vivencia nacional. Mas, la fuerza de lo singular, de lo inmediato, es mayor, salvo en los casos de peligro común. Es penoso recordarlo, salvo horas de riesgo para todo sesgo la vivencia de la unidad se limita a textos retóricos. ¿Por qué este fenómeno? ¿Acaso es falsa la noción de América? Evidentemente no lo es. No obstante la fortaleza de la vivencia nacional es mayor, más inmediata, gana voluntades en la vida cotidiana.

La memoria de unidad —que supera obstáculos— que se vive en los días de la emancipación, permanece como un recuerdo o como una nostalgia muy sensible si se orienta la mirada a los dolorosos enfrentamientos que contempla la centuria decimonónica.

¿Cuál es la causa de una unidad precaria que sólo aparece frente a un enemigo común? Tal vez la falta una conciencia clara de nuestra historia común; tal vez la falta de una noción limpia de cómo es más, mucho más, lo que nos une que lo que nos puede dividir.

## Bibliografía

### *Fuentes impresas*

Miró Quesada Sosa, ed., 1971.  
Porras Barrenechea, comp., 1930.

### *Fuentes secundarias*

Uslar Pietri 1969.  
Vicuña Mackenna 1924.